

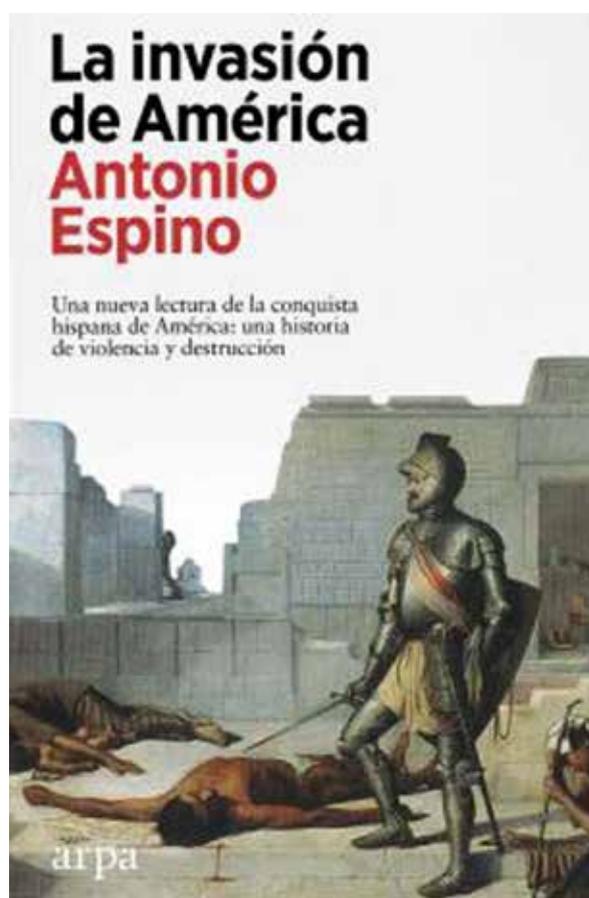
Historia encubierta: violencia y terror en la conquista de América*

Jorge Rojas-Gutiérrez
Universidad Pablo de Olavide

Aunque la historia siempre ha sido escenario de disputa ideológica y política, parece evidente que, en los últimos años, algunos sectores de la sociedad española han redoblado esfuerzos por construir sus mitos identitarios en pasados remotos. La lente con la que se lleva a cabo esta mirada de la historia es el nacionalismo. Y, aunque la ultraderecha es el actor más activo en esta tarea, siendo uno de los pilares fundamentales de su doctrina, sería un error circunscribirla a ella. Desde esta perspectiva, España es una entidad histórica definida por rasgos territoriales, culturales y políticos (cuando no también étnicos) constantes, y los españoles pertenecen a esta comunidad de siglos de antigüedad. Como miembros de esta comunidad, de esta nación, los españoles están obligados a procurar su conservación y gloria, no por motivos que emanen del presente, por la búsqueda del bien para la comunidad políticamente constituida, sino por lealtad a la nación ancestral. Esta lealtad a la nación exige distintos compromisos, pero dos imprescindibles son el orgullo por ella y su reivindicación; en el caso que nos ocupa, el orgullo por su historia y su reivindicación.

Por supuesto, los rasgos que identifican esta entidad histórica son subjetivos

*Reseña de: Antonio Espino López, *La invasión de América. Una nueva lectura de la conquista hispana de América: una historia de violencia y destrucción*, Barcelona, Arpa, 2022..



y tienen poco o nada de constantes. Cuando esta definición de la nación histórica se lleva a cabo obviando la ciencia histórica y satisfaciendo acríticamente objetivos políticos, aquellos que dibujan la nación proyectan en el pasado sus valores e intereses del presente. Así, la supuesta existencia de ciertos rasgos en el pasado de la nación legitima su existencia en el presente. En

muchas ocasiones, cuando se defiende que en el pasado algo *era*, se defiende que en el presente ese algo *debe ser*. Desde luego, esta visión de la historia no tiene nada de nueva —más bien todo lo contrario—, aunque se puede constatar cómo están proliferando los discursos en esta línea mediante cauces tradicionales, como libros de divulgación o la propia educación secundaria, o más modernos, como las redes sociales y la divulgación audiovisual. Todo ello a la vez que el sector académico avanza por derroteros opuestos y está cada vez más dotado de conocimiento científico que contradice tales discursos. A pesar de lo cual, la tan sabida brecha entre el conocimiento académico y el imaginario colectivo en torno a la historia no parece reducirse.

Con esta introducción, pretendo dar contexto y poner en valor la obra de Antonio Espino, catedrático de Historia Moderna en la Universitat Autònoma de Barcelona y especializado en historia militar de la Monarquía Hispánica. Antonio Espino ha centrado su trabajo en el reinado de Carlos II y la Guerra de Sucesión, prestando especial atención a Cataluña, y desde hace más de una década, se ha adentrado en el campo de la conquista de América en el siglo XVI, donde ya ha aportado un buen número de publicaciones. Algunos de sus últimos libros relacionados con la conquista de América son *Plata y sangre. La conquista del Imperio inca y las guerras civiles del Perú* (2019) o *Vencer o morir. Una historia militar de la conquista de México* (2021). Espino adopta el tan necesario abordaje de la historia militar desde una perspectiva moderna y alejada de lecturas épicas centradas en hazañas o glorias militares, enfoque que ha estado muy presente en la historiografía tradicional y que tiene completamente monopolizada la memoria histórica. Pero, además, como el propio autor menciona, su trabajo complementa los nuevos estudios

en torno a la historia militar, que aún no han prestado la atención debida al espacio extraeuropeo antes del siglo XIX.

Pero si cabe destacar un aspecto de este libro es aquel que le da sentido: la participación en el debate público sobre uno de los puntos más candentes en la historia de España, la conquista de América. Más allá del ámbito académico —donde las discrepancias no son mayores en este que en otros asuntos—, el tema despierta ásperas discusiones y férreos posicionamientos en la población. A nadie se le escapa que este episodio histórico es una fuente de recursos ideológicos para el nacionalismo español y para sus contestatarios. Mientras tanto, los especialistas en la materia no se sienten interpelados y suelen mantenerse al margen de dichos debates. Desde hace un tiempo, se viene teorizando sobre la historia pública, y en ciertos países se proponen interesantes proyectos acordes a esta idea de historia hecha por la ciudadanía, desde «abajo». Parece evidente que, en nuestro contexto, el ejercicio más apremiante en el que los historiadores pueden contribuir a la historia pública es participar en estos debates, contrarrestando relatos inexactos y ofreciendo alternativas rigurosas. En otras palabras, ejercer la responsabilidad social del historiador. En este libro, Antonio Espino asume esta labor, lo cual constituye, por sí mismo, un mérito inapelable que confío sea más habitual en el futuro.

La propia editorial de la publicación, Arpa Editores, da cuenta de la vocación de la obra por llegar al gran público. Esto queda explicitado en el prólogo del autor, donde se ubica en el debate abierto por María Elvira Roca Barea en su ya clásica obra y alguno de sus interlocutores como José Luis Villacañas. Ya desde el título, toma una postura provocadora al emplear el término «invasión» en lugar del habitual «conquista». Más allá de lo oportuno de usar uno u

otro término, algo sobre lo que Espino discurre, es evidente que elige un significativo con una carga negativa, frente a otro con carga más positiva. En consonancia con el título, Espino interpela a aquella historiografía que ha exaltado aspectos de la conquista de América que concordaban con ciertos valores actuales y ha soslayado aquellos que nos parecen reprobables, cuando no atroces. En concreto, este libro se centra en uno de esos aspectos con frecuencia ocultados: el uso planificado, sistemático y generalizado de la violencia y el terror en el proceso de conquista.

La narración del libro resulta ligera y clara, y se define por la relación de cuantiosos casos y episodios de la conquista de América sustentados en una abrumadora cantidad de fuentes documentales. De hecho, el sólido manejo de las fuentes es una de las características indiscutibles de esta obra. Aunque de diversa índole, seguramente el núcleo de estas fuentes sea la crónica, contando con los textos de conocidos autores como Bernal Díaz del Castillo, Pedro Cieza de León, López de Gómara, amén de otros autores que exceden el género de la crónica como Bartolomé de Las Casas. Como acompañamiento a estas fuentes, Espino ofrece al lector un meditado ejercicio de crítica hacia ellas, mostrándonos, a su parecer, en qué medida y de qué manera pueden ser tenidas en cuenta. Estas narraciones, centradas en los aspectos militares y en la violencia, son engarzadas hasta configurar un relato que abarca gran parte del extenso e intrincado mapa de la conquista de América. Su gran nivel de detalle puede suponer un atractivo para aquellos no versados en la materia, a la vez que puede contribuir al trabajo de muchos especialistas.

La estructura del libro consta de cuatro partes. En la primera parte, Espino presenta los precedentes y primera fase de la conquista, así como una aproximación a la

realidad de los conquistadores. Aquí se argumenta cómo ciertos patrones militares de experiencia anteriores, como la guerra contra el Reino Nazarí de Granada o las desarrolladas en el norte de África, se reprodujeron en la conquista de América, por ejemplo, las cabalgadas o los sistemas de presidios. Pero el verdadero precedente a la conquista de América fue la conquista de las islas Canarias, donde se fijó un modelo militar, incluido el uso de la violencia bajo prácticas concretas, que tendría continuidad al otro lado del Atlántico. En los primeros años de la conquista de América, la narración nos lleva a las Antillas, Panamá y la costa norte de Sudamérica, siguiendo a personajes como los Colón, Alonso de Ojeda o Núñez de Balboa. La pormenorizada descripción de los hechos revela la brutalidad y crueldad con la que los españoles imponían el terror como método de negociación y conquista. Además de estos métodos, Espino cierra esta parte con un capítulo dedicado al plano militar de la conquista y la realidad de los conquistadores.

La segunda parte se divide en cuatro capítulos que agrupan ciertas prácticas violentas recurrentes: «amputación de las manos», «masacres», «ejecuciones en la hoguera, aperreamiento y empalamiento» y «ahorcamiento». Siguiendo la pauta general del libro, el lector recorre una sucesión de testimonios que narran sucesos escalofriantes y que demuestran el uso premeditado, sistemático y general de la violencia con el fin de infundir terror y así someter a las comunidades conquistadas, disuadir a los enemigos y asegurar la lealtad de los aliados. Aunque cabe cuestionarse si la organización o agrupación de estos numerosos casos no podría adquirir otro enfoque más analítico, no centrado en las prácticas en sí, sino en aspectos más conceptuales. Por ejemplo, se aprecia que uno de los principales vectores en el ejercicio de la violen-

cia fue la violencia sexual. El libro está salpicado de descarnados ejemplos al respecto, siendo, quizás, el del ámbito de Paraguay y Río de la Plata el más flagrante. El análisis específico de la violencia sexual, materializado en un capítulo propio, podría haber sido una posibilidad que ayudara a entender el componente del género en el devenir de las víctimas o cómo la masculinidad configuraba el perfil de los conquistadores.

Un elemento que puede ser problemático para el gran público o el público no especializado es que se da por sentada cierta familiaridad con el tema. O, al menos, su lectura es más provechosa si se tienen nociones previas acerca de la conquista de América. El carácter fragmentario de la descripción de los hechos a lo largo de la obra puede resultar confuso. En este sentido, la tercera parte del libro trata tres de las principales campañas militares de la conquista, el sitio de México-Tenochtitlan, los sitios de Cuzco y Lima y la Conquista de Nueva Granada. De manera sintética, en estos capítulos se describen eventos conocidos, pero que pueden darle al lector no especializado un conocimiento más profundo al respecto y ayudarlo a fijar referencias para moverse por el resto del libro. De igual modo, el nivel de detalle y rigurosidad descriptiva con el que se tratan estas operaciones militares los convierten en un muy útil recurso para especialistas. Aunque la mención a las conductas de violencia represiva o torturas continúa, esta parte se enfoca más en la dimensión militar, las estrategias, las tácticas y el propio movimiento de los bandos. La cuarta parte está dedicada a aquellos pueblos que el autor identifica como casos de resistencia a la conquista: chichimecas, cakchiqueles, reches (o mapuches o araucanos), muzos y chiriguanos, asignando un capítulo a cada uno de ellos. El desarrollo de estos capítulos es similar al de los anteriores, una descripción precisa de las

operaciones militares que dan una imagen muy clara y precisa de los hechos. Es por ello que, más allá del valioso aporte que supone el enfoque en la violencia, esta obra es imprescindible en la aproximación a la historia militar de la conquista de América.

El autor también nos aporta interesantes y numerosas pruebas que ayudan a derribar ciertos mitos presentes en el debate público. Por ejemplo, queda demostrado cómo la esclavitud de amerindios fue una práctica habitual durante todo el siglo XVI. A pesar de las recurrentes leyes al respecto, los españoles buscaban subterfugios para esquivarlas, cuando no directamente las ignoraban. De hecho, la insistencia en promulgar leyes que prohibían la esclavitud de los indígenas americanos evidencia que las anteriores no surtían efecto. Por otro lado, también quedan claras algunas ideas en el plano militar. En la línea de lo que marca la historiografía actual, este trabajo resta importancia a la superioridad tecnológica o armamentística en el éxito de la conquista. La pólvora no tuvo un peso tan preponderante en las ventajas militares de los españoles, mientras que otros elementos como las espadas de acero o el uso los perros de guerra gozaron de una importancia a la que no siempre se le da la consideración adecuada. Aunque, en opinión de Espino, la formación en escuadra y la coordinación militar fueron las características tácticas que marcaron la diferencia. Además, los españoles tenían claros sus objetivos militares, a diferencia de muchos de sus contendientes, y demostraron una gran adaptabilidad. Pero, más allá de las cuestiones tácticas, el éxito de la conquista vino dado por las alianzas con pueblos indígenas que, como se menciona repetidamente a lo largo del libro, combatían junto a los españoles con números de efectivos muy superiores.

A pesar de que Espino replica de manera contundente argumentos de la historiografía tradicional —cada vez más contestada pero que continúa colonizando el imaginario colectivo—, sigue interpretando los hechos desde el punto de vista de los conquistadores. Eso sí, de manera crítica. Desde luego, este es un enfoque totalmente válido y necesario, pero no novedoso. No se acerca a la conquista de América como un proceso de transformación endógeno de las propias sociedades indígenas. En este sentido, su mirada no deja de inclinarse por una óptica eurocéntrica. El reto de la historiografía actual parece ser complementar dicha perspectiva con otra que entienda el protagonismo de las propias comunidades indígenas. Desde luego, la conquista de América es un proceso complejo que puede ser interpretado desde distintos ángulos, y no es el propósito de esta obra dar una imagen global u holística de él. Pero si el objetivo es una historia de la violencia en la conquista de América, quizás debería enfatizarse más la violencia perpetrada por los propios indíge-

nas, no solo hacia los españoles, sino hacia otros indígenas. Y, aunque en el libro hay una buena cantidad de ejemplos a este respecto, lo cierto es que a nivel interpretativo y expositivo quedan en un segundo plano.

En el último párrafo de la obra, Antonio Espino escribe «numerosas etnias se equivocaron de aliado, pero solo a la larga [...] Los horrores que siguieron a la guerra solo son achacables al comportamiento colonial de la Monarquía Hispánica». Este enfoque simplifica el críptico paisaje americano que contenía incontables voluntades, intereses y aspiraciones. Reduce la capacidad de análisis y de agencia de muchos indígenas que operaron como agentes activos en la conquista, y con ello, su responsabilidad en los horrores que siguieron a la conquista. Al mencionar que los aliados de los españoles se equivocaron, Espino define lo que debería haber ocurrido. La respuesta a la historiografía teleológica que se pretende refutar no debe ejercerse bajo la misma lógica, pero con signo contrario, sino desde una crítica epistemológica radical.